

ni a poner en el mapa grandes montañas. Lo que en Francia es un "terrible y grandioso desfiladero", en España se convierte, apenas, en la meseta ondulada de Castilla.

Todavía, querido amigo, a pesar de su carta, sigo en mis trece. Y si alguna impresión tengo de descastamiento y de arribismo, esa impresión me viene de más allá y no de más acá de los Pirineos. Admiro y amo a aquella cultura; pero

que no me toquen ésta, porque entonces los defectos de aquella se me vuelven patentes y entre defectos de mezquindad o defectos de exceso de anhelo, me quedará siempre con los últimos y no con los primeros,

Un abrazo con el afecto creciente de su amigo

Manuel Gómez Morín □

Carta de Guadalajara De saldos y conmemoraciones

*Juan José Doñán, Jorge Esquinca,
Juan Palomar Vereá, María Palomar*

El recién despedido 1992, el año del quinto centenario de la presencia de Europa en América y viceversa, tuvo para Guadalajara motivos particulares de recordación, lamentación y festejo. La ciudad cumplió 450 años. Hubo asimismo tres bicentenarios importantes; dos celebraron la fundación de la Universidad de Guadalajara y la del Hospital Civil, las más antiguas instituciones de servicio social y que aún sobreviven en la capital de Jalisco, y otro conmemoró la muerte del fundador de ambas empresas: Fray Antonio Alcalde, cuya figura representa varias de las mejores virtudes de esta ciudad.

Ciudad herida, arrancada de raíz, vuelta escombros, luto, vergüenza. ¿Qué puede todavía rescatarse entre las ruinas de aquel abril sombrío? ¿Una dolorosa lección de heroísmo anónimo que corrió parejas con la magnitud de la tragedia? ¿Una irreversible sensación de incertidumbre, de no saber materialmente qué suelo se pisa, de percibir, con María Zambrano, la verdad de que toda ciudad está fundada sobre un abismo? La muerte vino de la entraña, cayó de golpe sobre la intimidad, asoló el espacio de las vacaciones. Y después de ahogado el estrépito, sólo quedan en el aire

las preguntas. No parece haber consuelo ante lo que, a ojos vistas, pudo evitarse. Un rescoldo de rabia y vergüenza. Días funestos para la otrora ciudad de claros perfiles.

El aliento, a la vez grandioso y sensato, con que el obispo Alcalde fundara sus empresas es una clara herencia de las más nobles intenciones del humanismo del siglo XVIII. La fundación del Hospital de Belén fue una de ellas. La envergadura de una obra así marca y determina la naturaleza misma de una ciudad. El Hospital contuvo en sí mismo, como un organismo ideal, la semilla, la planta y el fruto del cual obtener sustento y sentido perdurables. Entre las providencias de Alcalde se contó la construcción de las célebres cuadrillas, extensos conjuntos de viviendas modestas y dignas, con cuya renta debía sostenerse al nosocomio además de ser uno de los primeros esfuerzos cualitativamente significativos para afrontar la necesidad masiva de vivienda en las ciudades novohispanas. Uno de los primeros gobiernos revolucionarios, característicamente, comenzó el desembramiento de ese patrimonio. De ahí en adelante, el estado todopoderoso y benefactor debería encargarse de sufragar, a fondo perdido, los gastos. A

duras penas el hospital, al día de hoy, logra ser mantenido. Por la actual avenida Alcalde queda todavía la última de las casitas, esperando entre el smog y la incuria un comprador que, una vez demolida, convierta en renta su superficie.

A 450 años de su fundación, Guadalajara no tiene de sabia lo que tiene de antigua. El centralismo, ese mal atávico de nuestro país, así como la intolerancia y las magras iniciativas de las instituciones y grupos de poder domésticos, la han empobrecido. Desde fines del siglo pasado hasta décadas recientes, la ciudad ha visto marcharse a muchos de sus mejores hombres. Legiones de escritores, pensadores, jurisconsultos, compositores, arquitectos, pintores..., abandonaron su ciudad natal para siempre; unas veces en busca de horizontes más amplios, atraídos por las sirenas de la capital, pero muchas otras porque la "provincia enana" no fue capaz de brindarles las mínimas condiciones para el desarrollo de su vida intelectual. Mucha es la responsabilidad que en esto ha tenido la Universidad de Guadalajara.

Durante el siglo pasado, los liberales vieron en la universidad la encarnación intelectual de sus enemigos y en cuanto ocasión se les presentó no dudaron en cerrarla, para abrir en su lugar el Instituto de Ciencias. Llegó a darse el caso del gobernador Ogazón que no sólo declaró la clausura definitiva de la universidad tapatía, sino que nada creó en su lugar y dejó a la ciudad y la región sin estudios superiores. Las consecuencias las tuvieron que pagar incluso los propios jóvenes liberales. Uno de ellos, Ireneo Paz, hubo de trasladarse a la ciudad de México a fin de concluir sus estudios en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

Con la reapertura de la Universidad de Guadalajara en 1925 por los revolucionarios, se reinagura la intolerancia. (Hasta hace unos cuantos años no se hablaba de reapertura, sino de *fundación*, negado cualquier nexo con la universidad anterior; es hasta ahora, cuando el populismo anda a la baja, que las autoridades universitarias, en la búsqueda de cierto abolemento, reconocen que el fundador fue Fray Antonio Alcalde, y no José Guadalupe Zuno.) La renaciente universidad se radicalizó autoerigiéndose en bastión de la educación socialista, hostilizando y aun persiguiendo a la

inteligencia que no le fuera afín. Pero como los radicalismos casi siempre crean otros radicalismos, en la década de los treinta aparece la Universidad Autónoma de Guadalajara, institución privada que al poco tiempo se vuelve un organismo tan intolerante o más que su contraparte (franquista, fascista, anticomunista...) y que hostiliza, expulsa y persigue también hasta el más inocente signo de disidencia intelectual. Efraín González Luna, cofundador del Partido Acción Nacional y uno de los más connotados intelectuales católicos de este siglo, representa el caso del hombre de ideas que no encuentra cabida en el medio universitario tapatío.

En tiempos recientes, y luego de su triste posición progubernista durante y después de los sucesos del 68, la Universidad de Guadalajara ha dado algunos pasos por el terreno de la tolerancia y la sensatez, pero no ha sido aún capaz de mirarse a sí misma y reconocer las desviaciones y los excesos del pasado —de un pasado no lejano— que aún pesan demasiado sobre su presente.

De la herencia que por fin parece querer rescatar la Universidad de Guadalajara, tres décadas de negación y barbarie, uno de los elementos más valiosos es sin duda el Colegio de Santo Tomás de Aquino, institución precursora fundada por los jesuitas en 1590. De ahí partió al exilio Clavijero en aquel funesto 1767 cuando, como afirma Zaid, la Nueva España quedó privada del liderazgo intelectual que pudo haberla llevado a la modernidad. Entre aquella pléyade de humanistas criollos estaba también un tapatío, el historiador Andrés Cavo, en cuya obra se encuentran ya las ideas seminales de la reivindicación de la nacionalidad mexicana y la independencia del país.

En un año atípico en el que no hubo mes que no lloviera, la laguna de Chapala pudo recuperar en gran parte sus niveles, castigados por un largo ciclo de sequía que se prolongaba ya por una década. Como contrapartida para el regocijo general, se padeció —sin que a la fecha se haya logrado nada para remediarlo— la peor plaga de lirio acuático de que se tenga memoria. Incontables hectáreas de un verde intenso se desplazan como balsas gigantescas. Esa plantita de flores moradas que, según reza la leyenda, don Mariano Bárcenas tuvo

la peregrina idea de importar para el embellecimiento de la laguna, es un auténtico desastre para los pescadores. Por lo menos tenemos agua, aunque ciertamente no sólo haya caído del cielo. Algún resorte político tuvo que haberse movido para que, a lo largo de una cuenca sobreexplotada y contaminada, se permitiera que el Lerma trajera mayores caudales. La explosión demográfica en los estados ribereños, el deficiente manejo de las aguas y el monstruoso consumo de la ciudad de México siguen siendo las muy reales amenazas que pasan sobre el mayor lago de la república.

Construir una ciudad que sea fiel reflejo del modelo divino, morada plural y concorde, ámbito propicio a las más altas aspiraciones de los hombres... Podrían ser frases cercanas al ideario de Ignacio Díaz Morales (1905–1992, Premio Nacional de Artes 1989), arquitecto de Guadalajara. Con la muerte de Don Nacho —como le decían sus alumnos—, la ciudad queda huérfana de su más íntimo hacedor, de su apóstol más claro, y es que para Díaz Morales la arquitectura esa profesión de fe, ejercicio espiritual que se manifestaba sobre el mundo y daba forma al mundo. Uno de los mejores ejemplos, entre las obras que legó, es la cruz de plazas en el corazón de Guadalajara, a la que Octavio Paz ha comparado con una mano abierta. Mano y cruz, plenamente simbólicas, reunidas por vir-

tud de la palabra y en la transitible realidad urbana. Con esta obra, Ignacio Díaz Morales caló hondo en el sentido de la vida comunitaria y en el de su propia vocación: el arquitecto dispone espacios que se abren al encuentro de los hombres, traza signos animados por una convicción interior, junta, en la soleada superficie de la cruz, la acción y el reposo, lo que es de este mundo y lo que ya deja de serlo.

En 1992 se cumplieron 30 años del juego más memorable en los anales del fútbol tapatío: el Oro–Guadalajara del 20 de diciembre de 1962, con el campeonato de Liga por medio. Ambos equipos llegaban a su último compromiso de esa temporada en la cima de la tabla de posiciones. *Las Chivas* aventajaban con un punto a *Los Mulos*, por lo que les bastaba con un empate para alzarse con el campeonato; el Oro en cambio tenía que ganar. Lo histórico de ese juego se escribió en dos jugadas de antología. Al dominio de Guadalajara, el Oro respondió con un fulgurante contragolpe entre Amaury Epaminondas y Necco que terminó en gol. *Las Chivas* se volcaron contra la portería rival y, en un lance insólito, *el Tubo* Gómez abandonó su valla para, de certero testarazo, obligar a *Piolín* Mota, arquero de los áureos, a desviar la pelota lo suficiente para evitar el gol. Ambas jugadas viven aun en la memoria de aquellos que no vieron el juego. □

Carta de Copilco Carta al (nuevo) rector

Guillermo Sheridan

...por ser dulcísima cosa el mandar
y el ser obedecido.

Quijote, 2, XLII.

C. U., a 30 de noviembre de 1992

Muy estimado señor rector: a pesar de que a la fecha no se sabe quién sea usted, siempre supe que era usted la persona idónea para ocupar tan alto cargo.

Si es usted el Dr. Sarukhán, acepte la seguridades de mi consideración más distinguida por haber sido reelecto. Si es usted otro, ignore las líneas anteriores y acepte las seguridades de mi consideración más distinguida por haber sido electo. (Si sí es usted el doctor Sarukhán, ignore las líneas anteriores). (Si no, ignore el paréntesis anterior). (Etc.)